

ANA ALCOLEA

ESMERALDA



ANAYA

ESMERALDA

1.ª edición: abril de 2024

© Del texto: Ana Alcolea, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es

Ilustración de cubierta: David Guirao

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ANA ALCOLEA

ESMERALDA

ANAYA

PRIMERA PARTE

ESMERALDA

«**H**ubo un tiempo en el que todos, o casi todos, salían a las ventanas, a los balcones, a las terrazas, para aplaudir a los médicos, a las enfermeras, a los sanitarios, a los conductores de ambulancia, a los enterradores. A gentes a las que nadie, o casi nadie, ponía cara ni voz. Los aplausos eran una recompensa gratuita para aquellos que estaban trabajando. No costaba nada salir al balcón a las ocho en punto de la noche, con la cena a medio hacer, y aplaudir al aire y a todos los que se asomaban a las otras ventanas y hacían lo mismo.

Aquello era una suerte de catarsis colectiva que solo le servía a cada uno para soltar la adrenalina que no podían sacar en las casas, en el trabajo, en el bar, en el parque. El aplauso sustituía al grito, a la cerveza, al portazo, al gesto mal encarado».

Eso, al menos, era lo que pensaba Esmeralda, que tenía nombre de piedra preciosa y de zíngara, y que no era ni una cosa ni la otra.

Esmeralda amaba y odiaba su nombre a partes iguales. Nadie en la escuela se llamaba así, ni en el instituto, ni en el equipo de fútbol, ni siquiera en el club de lectura que frecuentaba en la biblioteca y

del que era la integrante más joven. Tampoco en el coro en el que llevaba desde que tenía siete años y en el que cada vez se cantaban canciones más aburridas.

Todo le parecía aburrido a Esmeralda. Chateaba con sus amigos por costumbre, leía los libros del grupo por costumbre. Cantaba por costumbre. Estudiaba por obligación y aplaudía en la ventana de su cuarto por las dos cosas.

«Aquello se había convertido en una costumbre más durante los meses en los que no se pudo ir a clase, ni a la biblioteca, ni al fútbol; y en una obligación, porque si no lo hacías, tus padres se cabreaban y el resto del vecindario te miraba mal desde sus respectivos agujeros abiertos al mundo. Quien no aplaudía se convertía inmediatamente en sospechoso, en un proscrito, en un insolidario, en un *outsider* del sistema y del pensamiento único».

Esmeralda siempre se había sentido ajena a muchas cosas que ocurrían a su alrededor, como si viviera una vida que no era la suya, pero durante aquellos meses en los que el mundo se paró, aquella sensación se había multiplicado.

—¿De verdad piensas esto que has escrito, Esmeralda? —le preguntó la profesora cuando le entregó la redacción, revisada y corregida.

—Sí, claro. Usted siempre nos dice que tenemos que escribir desde dentro, ¿no? Pues es lo que he hecho. Acordarme de lo que sentí durante el confinamiento hace tres años.

—Yo recuerdo que aquellos días aplaudía emocionada —replicó la profesora.

—Yo solo recuerdo que lo hacía por costumbre y por obligación. La emoción por el aplauso era una manera de descargar la tensión de no poder salir de casa. No tenía nada que ver con el reconocimiento a los sanitarios. Tal vez al principio sí, pero luego se convirtió en una rutina más, necesaria para mantener cierto equilibrio emocional.

—A veces los recuerdos los creamos con nuestras reflexiones posteriores —dijo la profesora—. No siempre recordamos lo que de verdad ocurrió. A lo mejor entonces te gustaba aplaudir.

—Creo que recuerdo muy bien mis sentimientos y mis reflexiones de entonces.

La profesora estuvo a punto de contestarle a Esmeralda que se había vuelto muy redicha, pero el timbre del final de la clase las salvó de seguir con una conversación que no iba a ningún lado. La profesora Ramírez pensó que Esmeralda era demasiado analítica, que iba demasiado lejos en sus observaciones y reflexiones, que eso le iba a procurar buenas notas en los exámenes durante toda su vida, pero que no la iba a hacer feliz. La profesora creía que cuanto menos se profundizara en emociones y sentimientos mejor. Hubo un tiempo en el que ella también fue tan rebelde como Esmeralda. También creyó en el pensamiento libre hasta que decidió formar parte

de la tiránica mayoría y hacer lo que todos esperaban de ella.

Afortunadamente, pensaba Esmeralda, que no tenía ni idea de los pensamientos que había y hubo en la cabeza de la profesora Ramírez, comenzaban las vacaciones y ya hacía tres años que no había que aplaudir en los balcones. De hecho, ni siquiera era obligatorio salir al balcón si uno no quería. Ni recordar demasiado. Porque Esmeralda pensaba que no siempre era bueno recordar.

2

En las últimas vacaciones, las primeras en las que se pudo volver a viajar, Esmeralda se rompió un pie. En realidad, el quinto hueso del metatarso, que es ese hueso múltiple que forma el empeine, y del que salen los dedos. De pequeña, había sufrido mucho un problema de nacimiento que le procuró varias intervenciones en el pie, y que la dejó sin poder apenas jugar ni caminar durante sus primeros años. Gracias al trabajo de los médicos y de los rehabilitadores, el problema se había corregido completamente, y en todos los años de entrenamientos y partidos de fútbol no se había roto nada, ni siquiera había tenido un esguince; pero una tarde de verano, mientras caminaba por el paseo marítimo del pueblo en el que sus padres habían alquilado un apartamento, tropezó con el único desnivel que había en la acera y se cayó. Pasó toda la tarde en urgencias, y disfrutó de que el joven traumatólogo que la atendió tocara sus dedos para comprobar el alcance de la lesión. Las radiografías hablaron de fisura y salió de la consulta con un par de muletas y andando a la pata coja. Se pasó casi todo el mes en un apartamento orientado al norte, sin terraza ni balcón, en una cuarta planta

sin ascensor, en sexta línea y sin vistas a la playa, maldiciendo su torpeza y a sus padres, que habían alquilado el piso más barato de todo el pueblo.

—Oye, que fue decisión de todos. Las opciones eran, o una semana en primera línea o un mes en sexta y sin vistas. Tú fuiste la primera que elegiste la segunda opción.

—Eso fue antes de romperme el pie, mamá.

—Pues ahora hay que aguantarse.

—¿Y no nos podemos cambiar, papá?

—No. Ya he preguntado en la agencia. Está todo ocupado. O nos volvemos a casa o seguimos aquí.

Se habían quedado y Esmeralda había pasado los días chateando con sus amigas acerca de su mala suerte, leyendo los libros que habían propuesto en el club de lectura, viendo películas y mirando por la ventana. Emulaba a James Stewart en *La ventana indiscreta*, y esperaba encontrarse con un asesino, avisar a la policía y poner un poco de emoción a su aburrido verano. Pero nada de eso ocurrió.

Cuando llegó el día de regresar, sus padres estaban morenos y atléticos, después de horas de mar, de natación y de carreras en la arena. Ella estaba blanca, ojerosa y había perdido masa muscular en las dos piernas.

—No es justo —dijo en cuanto llegaron a casa después de cuatro horas de viaje en el coche.

—¿El qué no es justo? —le preguntó su padre.

—Que vosotros estéis morenos y hayáis disfrutado de las vacaciones y yo no.

—Ay, hija, esto es a estilo tropa.

—Ya, que cada uno se «fastidia» cuando le toca —repitió Esmeralda la frase que le había oído mil veces a su padre, pero cambiando el verbo, ya que el de la frase original no era un verbo que la madre de Esmeralda aceptara en el vocabulario de su hija—. Pero sigue sin ser justo.

—Al año que viene, y si no te vuelves a romper ningún hueso, te prometo que tendrás unas vacaciones muy especiales —le dijo su madre, mientras la ayudaba a deshacer una maleta que había vuelto con todos los vestidos limpios y sin usar.

—¿Ah, sí? —preguntó Esmeralda, mientras miraba a su madre con curiosidad.

—Pero será una sorpresa. Así que tendrás que esperar al final del próximo curso, cuando se desvele el misterio.

—¿Un apartamento en primera línea, tal vez? —preguntó con una voz cargada de toda la ironía que pudo condensar en una frase tan corta.

—No voy a decirte nada.

Y el curso pasó. La profesora pidió a sus alumnos en los últimos días que escribieran una redacción sobre «costumbres y obligaciones en la vida diaria», cosa que Esmeralda hizo sacando de sí misma una buena dosis de sinceridad que preocupó a la profesora Ramírez infinitamente hasta que sonó el timbre y el infinito se diluyó en el comienzo de las vacaciones.

3

Habían pasado tantas cosas durante el curso que Esmeralda apenas había vuelto a pensar en la promesa de su madre acerca de las próximas vacaciones.

—Prepara la maleta. Mañana sales de viaje.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Mañana sales de viaje. Tú sola. ¿No te acuerdas que te dije el año pasado que este verano te esperarían unas vacaciones muy especiales?

—Sí, me acuerdo —afirmó Esmeralda.

—Pues ya han llegado.

—¿Y dónde vamos a ir?

—No vamos a ir. Vas a ir tú sola.

—¿Yo sola? No puede ser.

—Claro que puede ser. Ya tenemos todos los documentos organizados.

—¿Documentos?

—Papá y yo te vamos a acompañar al aeropuerto, pero no te vamos a decir dónde vas hasta que no te demos tu tarjeta de embarque.

—Pero ¿qué dices? ¿Me vais a dejar sola en el aeropuerto? ¿Me vais a mandar no se sabe dónde

como si fuera un paquete? ¿Os queréis librar de mí este verano? ¿Es eso? ¿Os vais a separar o algo así?

—Oh, vamos. No nos vamos a separar ni nada parecido. Llevamos meses preparando una sorpresa para ti. Una sorpresa que pensamos que te va a encantar. No lo estropees. —Sus padres esbozaron una media sonrisa que Esmeralda no supo cómo interpretar.

—Pero ¿dónde me vais a mandar?

—¡Oh, vamos, no preguntes tanto! Vas a estar encantada. Y ahora, a hacer la maleta, que casi es hora de dormir, y mañana a las siete de la mañana sale tu avión. Tenemos que salir de casa antes de las cinco. Prepara una maleta para dos meses, con ropa de verano. No demasiada ropa, en el lugar al que vas hay lavadora y podrás lavar.

—¡Qué detalle! ¡Hay lavadora! —exclamó irónica. No le gustaban las sorpresas, Esmeralda prefería tener todo bajo control.

Aún no había amanecido cuando su madre la despertó. Se lavó rápidamente los dientes, se comió un trozo de bizcocho y se tomó una taza de té. No le gustaba salir de casa sin desayunar. Aunque fueran las cinco de la mañana.

Ya en el coche, volvió a preguntar.

—Pero ¿dónde vamos? Me siento como si me hubierais secuestrado y me llevarais a algún sitio contra mi voluntad. Creo que podría denunciaros.

—No digas tonterías. Esto es un regalo de cumpleaños y de vacaciones. No es ningún secuestro.

—Pero entonces pasaré el cumpleaños lejos de vosotros.

—Ya lo celebraremos después, cuando regreses —insistió su madre.

Cuando por fin llegaron al aeropuerto, su madre le vendó los ojos.

—Pero, mamá, vamos a acabar todos en comisaría.

—Oh, vamos, déjate llevar y sorprender. Y disfruta de este momento. No siempre vas a poder disfrutar de un viaje sorpresa —le explicó su madre mientras el padre hacía los trámites de la facturación.

Ya sin maleta, la acompañaron a la fila del control, y allí por fin le quitaron la venda de los ojos y le dieron su tarjeta de embarque.

—Ahora puedes mirar a dónde vas —le dijo su padre con una sonrisa tan expectante como la de su esposa.

Esmeralda no se atrevía a mirar. Solo veía los ojos emocionados de sus padres. Aunque no le gustara su destino, no podía defraudarlos. Se mostraría encantada. Se estaba dando cuenta de que sus padres habían preparado la «sorpresa» desde hacía tiempo y con todo el amor del mundo. No se podía imaginar hasta qué punto el amor los había conducido hasta aquel momento.

4

Génova —leyó—. ¿Génova?
Por primera vez desde el día anterior, Esmeralda sonrió. Aquello no se lo esperaba. Había pensado en un curso de verano en Inglaterra para mejorar su inglés. Incluso en un campamento de fútbol que todos los meses de julio había en Noruega. Pero volver a Génova no lo había pensado. Nunca se había atrevido ni siquiera a pensar que un día volvería al lugar del que tenía los primeros recuerdos de su vida.

—Sabíamos que iba a ser una sorpresa —dijo su madre, mientras la abrazaba.

—Pero ¿por qué Génova? Hace tanto tiempo...

—Precisamente por eso. Hace demasiado tiempo.

Esmeralda sabía que sus padres habían dejado de hablarse con sus tíos por alguno de esos asuntos que no se cuentan a los niños. Algo de lo que jamás se hablaba en casa. Por eso no habían regresado desde que ella tenía siete años. Pero los reuelos habían ido desapareciendo y, en los últimos tiempos, un grupo de wasap creado por su tía italiana había ido limando las asperezas entre los dos hermanos: el padre de Esmeralda y su tío. Y ahora,

ella iba a ser la primera en reencontrarse con la familia.

—No quiero que pienses que te mandamos para abrir camino entre mi hermano y yo —le dijo su padre, que a veces parecía tener el don de leer sus pensamientos—. No es eso.

—No voy a pensar en por qué me mandáis allí. Solo voy a pensar que llevo años queriendo volver, soñando por las noches que había regresado y no atreviéndome a contároslo porque sabía que no querríais escuchar mis palabras. Mamá, papá, gracias por este regalo. No se me ocurriría nada mejor.

Cuando por fin pasó el control, y se despidió con la mano de sus padres, se paró a reflexionar en lo que la esperaba. Estaba muy bien vivir dentro de la nostalgia. Pero sacarla y convertirla en realidad tal vez era algo muy diferente. Hacía casi diez años que no veía a sus tíos, ni a sus primos, con los que jugaba cuando era pequeña, pero con los que no había vuelto a tener relación. Jamás se habían comunicado por redes sociales ni por wasap. Se habían dejado igual que sus padres. Ella echaba de menos a los niños con los que jugaba al escondite en la gran casa de campo, con los que iba a las orillas del río a buscar las madrigueras de los zorros, con los que competía a ver quién subía más alto en el columpio que el abuelo había fabricado entre dos árboles. Sabía que aquellos niños ya no existían, igual que ella tampoco era la misma

de entonces. Le recorrió un escalofrío y empezó a sudar como cuando estaba a punto de salir al terreno de juego en un partido. De pronto, tuvo miedo de no encontrarse con aquellos con quienes soñaba muchas noches. Tuvo miedo de encontrarse con desconocidos.



La novela más oscura de Ana Alcolea

El verano pasado fue duro, y los padres de Esmeralda creen que su hija se merece un cambio, así que este año deciden enviarla de viaje a Italia, al pueblo de sus abuelos, que hace años y años que no visita. Allí la esperan su tía Lisa y uno de sus primos, Carlo, y también un tal Francesco, un supuesto amigo de su infancia al que ella no recuerda en absoluto.

Francesco no es lo único que se ha escurrido de la memoria de Esmeralda: cuando más camina por el pueblo, más detalles siniestros encuentra. Coronas de flores, reflejos misteriosos, olores... y Dorotea, la anciana que merodea por el cementerio, de la que se cuenta que es una bruja, y que mira a Esmeralda como si conociera todos sus secretos.



ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com